

El papel de la mujer en la cultura y la sociedad griega

La mujer en la sociedad griega

La situación de las mujeres en la antigua Grecia era muy diferente a la de los hombres. Sin embargo, debemos evitar hablar de «la mujer griega» como si todas compartieran una misma situación, ya que esta variaba según la época, la polis y la posición social. La vida de una mujer ateniense acomodada, por ejemplo, era muy diferente de la de una campesina, una esclava, una extranjera o una mujer espartana. A pesar de estas diferencias, en buena parte del mundo griego predominó una sociedad patriarcal, en la que la participación política y la mayor parte de la actividad pública estaban reservadas a los varones.

Esta desigualdad resulta especialmente llamativa en Atenas, ciudad en la que se desarrolló la democracia durante el siglo V a. C. La formación necesaria para intervenir en los asuntos públicos estaba fundamentalmente reservada a los varones y, entre ellos, solo los hombres libres que reunían los requisitos de ciudadanía podían participar plenamente en la vida política. Las mujeres, los esclavos y los extranjeros quedaban excluidos de la ciudadanía política. Por tanto, solo una parte de la población podía intervenir en la Asamblea, debatir las cuestiones que afectaban a la polis y ocupar cargos públicos. Además, como no todos los ciudadanos participaban regularmente en la actividad política, el número efectivo de participantes era relativamente reducido, lo que hacía posible el funcionamiento de una democracia directa.

Frente a la participación masculina en la esfera pública, el papel de la mujer ateniense estaba relacionado principalmente con el oikos, es decir, el hogar y la familia. Se esperaba de ella que se ocupara de la crianza de los hijos, la organización de la casa y la supervisión de las tareas domésticas. Las mujeres ciudadanas no podían participar en la Asamblea ni desempeñar magistraturas y se encontraban generalmente bajo la autoridad de un kyrios, un tutor masculino que podía ser su padre, su marido u otro familiar. No obstante, esto no significa que todas las mujeres permanecieran permanentemente encerradas en sus hogares: las mujeres de las clases populares podían trabajar en la agricultura, los mercados y diferentes oficios, y las mujeres desempeñaban además un papel importante en numerosas ceremonias religiosas.

El matrimonio constituía una institución fundamental para garantizar la continuidad de la familia y proporcionar descendientes legítimos. Las mujeres solían casarse jóvenes con hombres que podían ser considerablemente mayores que ellas. La diferencia de edad, unida a la desigualdad educativa, jurídica y política entre los cónyuges, provocaba una relación claramente desigual. El marido disponía de una autonomía y una presencia en la vida pública que estaban

vedadas a su esposa. Por ello, la relación matrimonial ateniense estaba muy alejada de nuestro actual ideal de una relación entre personas situadas en condiciones de igualdad.

La situación era diferente en Esparta, donde las mujeres disfrutaban de una autonomía considerablemente mayor en algunos aspectos. Las jóvenes recibían educación física, practicaban ejercicios deportivos y las mujeres podían poseer y administrar propiedades en condiciones más amplias que las atenienses. Una de las razones de esta mayor autonomía estaba relacionada con la propia organización de la sociedad espartana: los ciudadanos varones dedicaban buena parte de su vida a la formación y actividad militar, por lo que las mujeres asumían mayores responsabilidades en la administración del patrimonio familiar. Aun así, no debemos interpretar esta situación como una igualdad entre hombres y mujeres en sentido moderno. La educación femenina estaba también relacionada con la importancia que Esparta concedía a la maternidad y a la formación de nuevos ciudadanos y soldados.

De este modo, existe una importante paradoja en la cultura griega: una civilización que desarrolló profundas reflexiones sobre la justicia, la virtud, la igualdad y la ciudadanía mantuvo al mismo tiempo a las mujeres apartadas de buena parte de los espacios en los que estas cuestiones eran discutidas. Esta contradicción resulta especialmente evidente en Atenas, donde el nacimiento de la democracia convivió con la exclusión política de las mujeres, los esclavos y los extranjeros.

La mujer en la mitología y la cultura griega

Frente al papel limitado que las mujeres desempeñaban en la vida política y cultural de las polis, resulta llamativa la enorme importancia de las figuras femeninas en la mitología griega. El mundo religioso estaba poblado por poderosas diosas que representaban algunos de los ámbitos fundamentales de la vida humana: Atenea era la diosa de la sabiduría y la estrategia; Temis, de la justicia y el orden; Afrodita, del amor y el deseo; Artemisa, de la caza y la naturaleza; Deméter, de la agricultura y la fertilidad; Hera, del matrimonio; y Hestia, del hogar y la familia.

Esta presencia femenina resulta todavía más significativa en el terreno de la cultura. Las Musas, hijas de Zeus y Mnemosine, eran las divinidades inspiradoras de las artes y del conocimiento. Cada una estaba vinculada a una actividad cultural: Calíope a la poesía épica, Clío a la historia, Melpómene a la tragedia, Talía a la comedia, Urania a la astronomía, etc. De este modo, los griegos representaban mediante figuras femeninas la inspiración necesaria para

desarrollar actividades intelectuales y artísticas que, paradójicamente, estaban realizadas públicamente en su mayor parte por hombres.

Las mujeres ocupaban también un lugar central en la literatura y el teatro. Personajes como Penélope, modelo de fidelidad e inteligencia; Antígona, que desafía el poder político para cumplir aquello que considera un deber superior; o Medea, que se rebela contra la traición de Jasón y denuncia la difícil situación de las mujeres, muestran personajes femeninos con una enorme fuerza dramática. Sin embargo, estas mujeres fueron creadas generalmente por autores varones, representadas en el teatro por actores varones y contempladas en un espacio cívico dominado por los hombres.

Nos encontramos, por tanto, ante una de las grandes contradicciones de la cultura griega: la sabiduría, la justicia, la memoria, la historia, la poesía o la astronomía podían personificarse como mujeres, mientras que las mujeres reales tenían enormes dificultades para acceder a los espacios políticos, educativos e intelectuales en los que se desarrollaban estas actividades. La sociedad griega fue capaz de imaginar mujeres divinas extraordinariamente poderosas y personajes femeninos capaces de enfrentarse a reyes, héroes y dioses, al mismo tiempo que limitaba considerablemente la autonomía de las mujeres de carne y hueso.

Las mujeres en la filosofía griega

La filosofía griega fue una actividad desarrollada fundamentalmente por hombres, en buena medida porque las mujeres tenían un acceso mucho más limitado a la educación y a los espacios públicos en los que tenía lugar el debate intelectual. Por ello, la historia de la filosofía antigua está protagonizada casi exclusivamente por nombres masculinos como Sócrates, Platón o Aristóteles. Sin embargo, esto no significa que las mujeres estuvieran completamente ausentes de la actividad filosófica. Las fuentes antiguas mencionan a algunas mujeres relacionadas con diferentes escuelas y círculos intelectuales, aunque conocemos mucho menos sobre ellas y apenas conservamos textos que puedan atribuirse con seguridad a estas pensadoras.

Un ejemplo especialmente interesante es Hiparquía de Maronea, que vivió entre los siglos IV y III a. C. y estuvo vinculada a la escuela cínica. Los cínicos, como Diógenes de Sinope o Crates de Tebas, defendían una vida sencilla y rechazaban muchas de las convenciones sociales, las riquezas y las preocupaciones por el prestigio. Hiparquía decidió adoptar este modo de vida y compartirlo con Crates, desafiando así el modelo tradicional reservado a las mujeres. En lugar de limitarse al espacio doméstico, habría participado públicamente en discusiones filosóficas y

asumido una forma de vida que cuestionaba las normas sociales. Su propia existencia como filósofa puede entenderse, por tanto, como una aplicación práctica del ideal cínico: si muchas convenciones sociales son artificiales, también puede ponerse en cuestión que una mujer deba quedar necesariamente relegada al hogar.

Más importante para comprender la presencia femenina en los ambientes intelectuales de la Atenas clásica es la figura de Aspasia de Mileto, que vivió en el siglo V a. C. Nacida en Mileto, se trasladó a Atenas, donde mantuvo una larga relación con Pericles, uno de los principales dirigentes políticos de la ciudad. Al ser extranjera, Aspasia era una meteca y no podía poseer la ciudadanía ateniense. Sin embargo, las fuentes antiguas la presentan como una mujer de notable formación y capacidad intelectual, especialmente relacionada con la retórica y el arte de la conversación.

Su figura aparece relacionada incluso con Sócrates. En el *Menéxeno*, Platón presenta irónicamente a Sócrates afirmando que Aspasia le había enseñado retórica y llega a atribuirle la elaboración de un discurso fúnebre. También Jenofonte menciona a Aspasia en sus escritos socráticos. Estos testimonios no permiten afirmar que fuera literalmente «la maestra de Sócrates», pero sí demuestran que su nombre estaba suficientemente asociado a la inteligencia y la retórica como para que los autores de la época pudieran presentarla como una autoridad en estas cuestiones.

Tradicionalmente, Aspasia ha sido descrita como una hetaira. Las *hetairai* eran mujeres que podían mantener relaciones afectivas o sexuales remuneradas con hombres, pero que, a diferencia de las prostitutas ordinarias o *pornai*, podían participar también en determinados ambientes sociales masculinos y algunas poseían formación musical, artística o intelectual. Esta condición podía proporcionarles una libertad de movimientos y de conversación que generalmente no poseían las esposas atenienses. Sin embargo, no podemos asegurar que Aspasia ejerciera realmente como hetaira, pues muchas de las informaciones que la relacionan con la prostitución proceden de autores cómicos o de fuentes hostiles a Pericles.

Precisamente por ello, Aspasia constituye un buen ejemplo del problema que encontramos al estudiar a las mujeres en la Antigüedad. No conservamos ninguna obra escrita por ella y prácticamente todo lo que sabemos procede de lo que los hombres escribieron sobre ella. Algunas fuentes la presentan como una mujer inteligente y experta en retórica; otras la atacan por su condición de extranjera, por su relación con Pericles o por no ajustarse al modelo tradicional de mujer ateniense. Resulta difícil, por tanto, separar completamente a la Aspasia histórica del personaje construido posteriormente por sus admiradores y detractores.

En cualquier caso, tanto Hiparquia como Aspasia muestran que las mujeres no estuvieron completamente ausentes de la filosofía griega, aunque su participación se produjo en condiciones muy diferentes a las de los hombres. Hiparquia desafió abiertamente las convenciones sociales mediante el modo de vida cínico, mientras que Aspasia logró ocupar un lugar excepcional en los ambientes intelectuales de una Atenas que negaba a las mujeres la ciudadanía política. Sus casos permiten recordar que la escasa presencia femenina en los relatos tradicionales de la historia de la filosofía no implica necesariamente una ausencia absoluta de mujeres pensadoras, sino que está relacionada también con las dificultades que tuvieron para acceder a la educación, participar en los espacios intelectuales y dejar obras escritas que pudieran conservarse.

La mujer en Platón y Aristóteles

Las diferencias entre Platón y Aristóteles aparecen también en su forma de entender el papel de la mujer. Mientras que Platón llegó a cuestionar algunas de las limitaciones impuestas a las mujeres en la sociedad ateniense, Aristóteles tendió a considerar la desigualdad entre hombres y mujeres como parte del orden natural.

En el libro V de *La República*, Platón sostiene que las mujeres que formen parte de la clase de los guardianes deben recibir la misma educación que los hombres y pueden participar tanto en la defensa como en el gobierno de la ciudad. Su argumento es que las funciones sociales deberían distribuirse fundamentalmente de acuerdo con las capacidades de cada persona y no simplemente según su sexo. Por ello, una mujer con las cualidades necesarias para la filosofía podría llegar a convertirse en gobernante. Se trata de una propuesta excepcional para la sociedad ateniense de su tiempo, aunque Platón no defendió una igualdad entre hombres y mujeres en el sentido moderno y continuó considerando que, en términos generales, existían diferencias entre ambos.

La posición de Aristóteles es considerablemente más tradicional. En la *Política* considera que la familia está organizada mediante relaciones naturales de autoridad y atribuye al varón una posición de gobierno sobre la mujer. Esta desigualdad se relaciona con su concepción de la naturaleza: Aristóteles considera que hombres y mujeres poseen características y funciones diferentes y entiende la autoridad masculina como parte del orden natural de la familia y de la sociedad. Sus teorías biológicas sobre la reproducción también atribuían al varón un papel más activo y a la mujer uno más pasivo.

Así, mientras Platón abre la posibilidad de que las mujeres sean educadas, filósofas y gobernantes cuando poseen las capacidades necesarias, Aristóteles proporciona una justificación filosófica de la diferenciación y subordinación de la mujer. Este contraste muestra que incluso dentro de la filosofía griega existieron distintas maneras de interpretar unas desigualdades que estaban profundamente arraigadas en la sociedad de la época.

Consideraciones finales

El papel de la mujer en la cultura griega muestra, en definitiva, la distancia que podía existir entre las ideas desarrolladas por una sociedad y su propia organización social. Aunque los griegos reflexionaron sobre la justicia, la ciudadanía o la virtud y atribuyeron un enorme protagonismo simbólico a las figuras femeninas, las mujeres reales permanecieron generalmente apartadas de la política y de buena parte de la actividad intelectual. Casos como los de Aspasia o Hiparquia y las diferentes posiciones de Platón y Aristóteles muestran, sin embargo, que esta situación tampoco estuvo completamente libre de excepciones y debates. La comparación con el presente permite observar hasta qué punto han cambiado la educación, la ciudadanía y la participación social de las mujeres, pero también comprender que muchas discusiones actuales sobre los roles de género, la vida familiar o la presencia de hombres y mujeres en distintos ámbitos tienen detrás una larga historia cultural.